

**II Encuentro Nacional de Catalogadores
Biblioteca Nacional de la República Argentina**

25 al 27 de noviembre de 2009

**Biblioteca Nacional:
los procesos técnicos en el Centenario**

Elvira Arcella

elviraarcella@hotmail.com

Mabel Bizzotto

mabelbizz@yahoo.com.ar

Ignacio Zeballos

nzeballos@gmail.com

BIBLIOTECA NACIONAL

Resumen

El presente trabajo tiene por finalidad hacer un recorrido por los primeros cien años de vida de la Biblioteca Nacional, analizando la labor administrativa-bibliotecológica.

Parte de 1810 y llega a 1910, para esto transita las diferentes gestiones de sus directores, prestando especial atención a la labor realizada desde los inicios hasta 1870, pasando luego por la dirección de Vicente Quesada y, para finalizar, por la de Paul Goussac, describiendo la construcción del *Catálogo Metódico* y la clasificación.

Introducción

Próximos a celebrar el segundo centenario de la Biblioteca Nacional, creemos oportuno trazar un panorama de la labor bibliotecológica y del estado de los conocimientos técnicos hacia 1910, el momento del Centenario.

Antes de iniciar este recorrido consideremos situarnos en el escenario temporal de esos, sus primeros cien años de vida, partiendo de septiembre de 1810, en que los hombres de Mayo respondieron con firmeza a la demanda política y cultural del momento revolucionario con la imprescindible convicción de dotar al pueblo de una institución que se encargara de constituir un modo público y democrático de acceso a la educación y a la ilustración. Forma única de asegurar los logros políticos que se fueran obteniendo en la conformación de una identidad nacional e independiente, ese primer momento se vio reflejado en la inmediata respuesta de la ciudadanía donando generosamente sus colecciones particulares y parte de su peculio.

Intentaremos describir, desde lo bibliotecológico, la evolución de las ideas que llevaron desde aquel acto fundacional hasta la concreción de la entidad con una presencia consolidada en la Nación del Centenario. De ese emprendimiento original también participaron la prensa, la escuela y la universidad, pero la Biblioteca, en palabras de Groussac, “es la primogénita de las creaciones revolucionarias todavía subsistentes, siendo así que la *Gaceta*, también del año 10, distaba mucho de ser el primer periódico publicado en Buenos Aires” (Groussac, 1901: 367).

En el transcurso de este primer siglo veremos a pasar por su dirección a notables figuras de la historia argentina, pero no pretende este trabajo convertirse en un racconto biográfico de ellas, sino más bien indagar su contribución a la organización de la Biblioteca.

Como profesionales de Procesos Técnicos de esta Biblioteca, anhelamos que este aporte a modo de recorrido por la conformación bibliotecológica-administrativa desde los días de Mayo hasta 1910 constituya una herramienta que sirva para comprender la inspiración que

guiaba a quienes la fueron haciendo a través de los años, observada desde la perspectiva actual pero teniendo en cuenta las corrientes de pensamiento predominantes en sus distintos momentos.

I

La Biblioteca Pública de Buenos Aires funcionó, desde su creación en 1810 hasta su primera mudanza en 1901, en el local de “las Temporalidades” que la Junta le destinó en los fondos del Colegio de San Carlos –hoy Nacional de Buenos Aires-, junto con el cual formaba la llamada Manzana de las Luces.

Fue dirigida durante once años por el presbítero Luis José de Chorroarín, quien tuvo a su cargo la organización del establecimiento, así como la inauguración y la apertura al público de sus instalaciones en 1812. Chorroarín fue el responsable de los primitivos inventarios y del primer reglamento, donde se establecía, por ejemplo, que la Biblioteca estaría abierta al público desde las ocho hasta las doce y media del día entre noviembre y abril, y que ese horario se modificaría en los meses siguientes (Acevedo, 1992: 20).

Desde ese inicio, marcado por la emergencia revolucionaria y, contrariando lo que podría intuirse como el improvisado apremio con que de la nada pretendía crearse una empresa cultural de semejante índole, es posible comprobar que existía una conciencia previa de lo que debía ser la labor bibliotecaria. Estos saberes, aunque rudimentarios, pueden notarse, por ejemplo, en la intención de reglamentar los servicios que debían prestarse a los lectores, en la elaboración de listados e índices, en los intentos de división temática de la colección por salas. Sin embargo, el concepto del catálogo como instrumento principal de acceso al libro todavía estaba ausente.

La primera organización del material bibliográfico de la actual Biblioteca Nacional se debió a Manuel Moreno, su director desde 1822 hasta 1828. Se trataba de una simple distribución espacial entre las salas –que podemos imaginar como exiguas habitaciones- del local refaccionado tras un violento temporal en 1822 y ampliado con la cesión del gobierno de “la parte contigua de la casa alta, [...] la primera de las Del Estado, viniendo de la Ranchería á la imprenta de los Expósitos”; esto es, la intersección de las actuales calles Perú y Moreno, con entrada por ésta última.

Trabajaban en la Biblioteca su director, dos ayudantes y un portero. La dotación de personal consiguió aumentarse recién bajo la dirección de Mármol, a partir de 1858, con un escribiente auxiliar. Para esas fechas, y luego de ríspidas disputas entre los sucesivos directores y los gobernantes (Parada, 2009: 234), se estableció que la Biblioteca estuviera abierta al público durante cinco horas: desde las nueve de la mañana hasta las dos de la tarde, exceptuando los días de fiesta. A pesar de la extensión del horario, durante muchos años la concurrencia continuaría siendo escasa, así como lenta sería la incorporación de nuevo material, fuera de las publicaciones oficiales.

El informe de 1823 al *Registro Estadístico* da cuenta de que la Biblioteca Pública custodiaba 17.229 volúmenes distribuidos -en seis salas de estantes abiertos- de acuerdo con su temática:

- Ciencias
- Historia, Geografía y Viajes
- Letras Sagradas y Teología
- Moral y Predicalis
- Bellas Artes, Artes e Idiomas
- Política y Legislación;

esta organización habría de mantenerse, apenas con ligeros cambios, por unos cincuenta años. Así, el mismo *Registro* pero de 1854 apunta que la colección estaba distribuida del siguiente modo:

- Obras de Derecho y Ciencias Políticas
- Literatura y Filosofía
- Teología y Moral casuística
- Letras Sagradas y Santos Padres
- Historia y Viajes
- Ciencias Positivas o Prácticas

No es posible hallar mayores referencias de índole técnica ya que el énfasis de los escasos informes de esos años está puesto en el inventario y en la organización y ordenación de las obras en las salas. Era una época caracterizada por la “ausencia total de funciones técnicas o especializadas” (Parada, 2009: 241) antes bien, la práctica bibliotecaria se basaba en el empirismo culto y en la erudición. Los llamados catálogos no estaban regidos por una clasificación sistemática, sino que se trataba de listas o inventarios alfabéticos que ayudaban a un mayor control de los nuevos fondos que iba adquiriendo la Biblioteca: “clasificar” era guardar.

Puede encontrarse, en cambio, la observación hecha por Quesada -en su memoria de 1871- de que hacia fines de 1833, durante la recién iniciada gestión de Terrero, una comisión nombrada por el Poder Ejecutivo provincial para examinar el establecimiento reveló la desaparición de una cantidad de volúmenes cercana a los dos mil, pero indeterminada debido a la inexactitud y el desarreglo en que se encontraban los índices y catálogos que hubieran permitido efectuar el cómputo preciso de las existencias; da cuenta además de la dificultad para prestar servicio al público debido al “hacinamiento confuso” de las obras presentes.

La base para dicha evaluación pudo haber sido el primer *Libro de donaciones*, que contiene el listado -ordenado por años, de 1810 a 1850-, de las obras ingresadas a la Biblioteca. Encabezado por la leyenda “Libros extraídos de la librería del Colegio de San Carlos, pertenecientes en parte al mismo Colegio y en parte al D^f. Chorroarín”, consigna -debajo de los nombres de los donantes y una aclaración sobre su profesión o cargo- algunos detalles de las obras: autor, título, cantidad de tomos y volúmenes, formato y, sólo en algunos casos, el idioma.

Pero no se limitaba este libro a la relación de las obras donadas. Aparecen en él varias notas de tipo aclaratorio, como por ejemplo la expresada bajo la donación de “Dⁿ. Bartolomé Muñoz, vicario general castrense del ejército de la Banda Oriental”, en los años 1813, 1814 y 1815: tras una lista de donativos que incluye libros, planos y artículos diversos, como “un microscopio completo, con su caja de caoba” y “un termómetro capilar, y un prisma”, se

aclara que “la relacion impresa de este donativo se hizo en la Gazeta Ministerial de 11 de junio de 1814, no segun lo que se recibio, sino conforme á la nota q^e. remitió el donante, con la q^e. no concuerdan los articulos recibidos, pues se echan de menos los siguientes:”, pasando a listar los que faltaron.

También en este libro se registra un hecho extraordinario: a pesar de la expresa prohibición estipulada en el Reglamento (en el original de 1812 e, incluso, en sus modificaciones de 1850) acerca del préstamo de libros, aparece la anotación hecha el 24 de marzo de 1869 del préstamo hecho al general Mitre, a la sazón ex-presidente de la Nación, de la obra *Teatro americano* por José Antonio Sánchez. A continuación se apunta: “Se ha devuelto esta obra en 24 de agosto del mismo año.”

La comisión de 1833, conformada por el sabio italiano Octavio Fabricio Mossotti, Valentín Alsina (anterior director, por algunos meses, de la Biblioteca) y el presbítero José León Banegas, indicó además una serie de medidas que estimaba convenientes: la revisión del Reglamento de la Biblioteca y la implantación de un sistema de “clasificación general de los conocimientos humanos más exacta que la viciosa que hoy rije en los índices particulares destinados al servicio del público”. Lamenta Quesada que se haya extraviado el modelo para la elaboración de un “Gran Catálogo Jeneral Bibliográfico”, que aquella comisión decía acompañar al informe.

No existe en el Registro Oficial, de 1837 hasta principios de 1852, anotación ni disposición alguna con respecto a la Biblioteca. Recién a partir de 1866, a instancias del ministro de Gobierno Avellaneda, se empieza a cumplir con la exigencia de elevar a las autoridades una memoria anual detallada de la gestión.

Carlos Tejedor, en su informe publicado en el Registro Oficial de 1854, además de notificar un recuento total de volúmenes de 15.397 (es decir, menor al de 1823, aunque Groussac juzgue a esa cifra como incorrecta), menciona la aplicación de una incipiente catalogación, de la que sin embargo no ofrece detalles, y la reubicación en una nueva sala especial de la “importante sección de publicaciones periódicas” que se intentaba completar.

Mármol, en el suyo de 1870, formula su interés en deshacerse de toda la sección de Teología, donándola a cualquier convento: “de este modo la vida de los santos estaría en su lugar, y la Biblioteca tendría espacio por algún tiempo para colocar las obras de ciencias, literatura y arte” (Groussac, 1901: xxxv). Su propuesta no prosperó, felizmente según Groussac, ya que en esa sección que se pretendía eliminar se hallaba la base noble de la Biblioteca, la ciencia y la literatura medieval, obras que valora como “tesoros inapreciables de la erudición”. En cambio, fue debido a iniciativa de Mármol el decreto que dispuso que se entregaran a la Biblioteca dos ejemplares de cada publicación oficial y de “todo libro o folleto cuya publicación fuera auxiliada por el Gobierno”. Este es el origen del depósito legal, que la Biblioteca centralizó hasta 1934 (Acevedo, 1992: 24).

II

Al momento de tomar la dirección de la Biblioteca en septiembre de 1871, **Vicente G. Quesada** hizo una descripción de la Biblioteca -de un inventario de 20.104 volúmenes- con el material organizado en siete salas, cada una con su propio catálogo:

- Jurisprudencia
- Literatura y Filosofía
- Casuística [Teología]
- Patrología
- Historia y Geografía
- Ciencias y Artes
- Manuscritos, Periódicos y Obras Diversas

Sin embargo esos catálogos, “deficientes, defectuosos y llenos de errores, algunos corregidos ó borrados” según Quesada (1879: 5), carecían de las indispensables designaciones bibliográficas: “Difícil era buscar un libro con arreglo á ellos, y cuando un libro no se encontraba era imposible averiguar si se habia perdido, ó si se habia prestado; porque de nada quedaba constancia en el establecimiento”; por otra parte, los libros a los

que los catálogos hacían referencia tenían anotados –sobre la carátula misma y en tinta- la sala y el estante donde estaban ubicados. Esto debió ser subsanado sustituyendo las anotaciones manuscritas por tejuelos pegados con goma en la retiración de las tapas (Quesada, 1879: 6).

Reconoce Quesada la imposibilidad de determinar bajo cuál de las pasadas direcciones fue adoptado aquel sistema de organización –que califica como “inadecuado y defectuoso, no solo porque no respondía á ningún método, sino porque, la falta de local hacia imposible la colocacion conveniente de los libros” (Quesada, 1879)-, ni si fue el resultado de las recomendaciones de la comisión de 1833, “porque los libros del establecimiento no dan ningún conocimiento de las medidas que se adoptaban y de las resoluciones gubernativas” al respecto.

Quesada también inició –con la colaboración de su hijo Ernesto- el ordenamiento de la sección de manuscritos en volúmenes y con índices analíticos. El antecedente fundacional de esta sección fueron los pliegos de *La revolución del Perú* de José Gabriel Tupac Amaru, la *Historia de la Provincia del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán* del jesuita Pedro Lozano, y un libro de horas manuscrito y miniado del siglo XV, titulado *Officium Parvum Gothicum*, junto con otros siete, entregados por disposición del gobernador Balcarce a la Biblioteca en noviembre de 1833, cuando era dirigida por el sacerdote Terrero (Acevedo, 1992: 22).

Reorganizó y amplió la sección de periódicos, cuyo primer catálogo construyó y publicó, instaló el primer taller de encuadernación y dispuso, además, un sistema de recuento permanente de lectores y de obras consultadas, discriminado por materias (Acevedo, 1992: 24).

Por otra parte, propuso reunir en “una nueva sala para las obras americanas” los libros que según la clasificación encontrada se hallaban dispersos en todas e, incluso, hacer “una nueva clasificación más acertada, siguiendo para ello los consejos é indicaciones de Brunet”.

Diferentes autores coinciden en postular a Quesada como el más ferviente precursor y divulgador de esa clasificación en la Argentina, que el bibliógrafo francés presenta en la segunda parte de su obra clásica *Manuel du Libraire et de l'Amateur de livres*, una tabla en forma de catálogo razonado utilizada como complemento para organizar metódicamente las obras listadas en el *Dictionnaire Bibliographique*, la parte principal de su repertorio. El sistema de clasificación de Brunet, debido en realidad al jesuíta Jean Garnier, había adquirido gran difusión en Europa a principios del siglo XIX y fue adoptado, con mínimas variaciones en numerosas bibliotecas (Bounocore, 1952:).

Personalmente, Quesada fue el primero en considerar a la clasificación una cuestión seria y científica, para la que debe adoptarse un sistema con arreglo al cual se clasifique y organice el material. De otro modo, decía, sería “un hacinamiento de libros dispendioso y completamente inadecuado al fin social de la creación de las Bibliotecas Públicas” (Memorias, 1872: 12).

En 1877 se editó -por orden del gobierno- el primer volumen de la obra *Las Bibliotecas europeas y algunas de la América Latina*, donde Quesada hace un estudio pormenorizado del modo de organización y funcionamiento de las principales bibliotecas nacionales y públicas, resultado de su viaje a Europa en 1874. Quedó inédito, sin embargo, un segundo volumen dedicado a las bibliotecas de América.

Estas observaciones y el estudio comparativo de los sistemas de clasificación usados en las bibliotecas más prestigiosas, junto con las prescripciones tomadas del repertorio de Brunet, de la obra de Leopold Constantin -sobre la fijación del formato y tamaño de los libros-, de la de Eugène Hatin -acerca de las clases bibliográficas en que deben dividirse las publicaciones periódicas-, y de la de Cousin, constituyeron la base sobre la cual Quesada planificó su trabajo de ordenamiento topográfico y clasificación sistemática de la Biblioteca.

A partir de su gestión, el lento pero constante acrecentamiento de la colección redundó en un aumento notable de la concurrencia de lectores, de 2.504 en 1872 a 6.192 en 1876

(Groussac, 1967: xliii). Resultaba imprescindible entonces encarar una catalogación, aunque fuera de carácter provisorio, que pudiera atender a esa demanda. La escasez de personal y la estrechez del local hicieron que esa tarea se completara sólo de manera parcial.

En 1876, en su Memoria al gobierno provincial correspondiente a 1875, Quesada describía el estado (deplorable, en algunos casos, con correcciones en lápiz, sucios y con hojas rotas) en que se encontraban los catálogos que estaban en uso. Insistía, intentando persuadir al gobierno de la necesidad de rehacerlos adoptando la clasificación de Brunet -para lo cual buscaba aprobación- en el reclamo de las imprescindibles refacciones para el edificio de la Biblioteca. Esto obedece a la comprensión de que cualquier reformulación en la distribución topográfica de la colección precisaría adecuarse al espacio de las salas en que estaría dividida, atendiendo a la impracticidad de hacer continuos cambios que ensuciarían los libros y obligarían a rehacer permanentemente el trabajo.

Por esa época, los dos catálogos (alfabético y por materias) se hallaban duplicados: una copia para el público y otra para los empleados, éste último, actualizado mediante boletines sueltos. De tal modo, cada título se copiaba cuatro veces y una quinta en el inventario.

Finalmente, todo su saber bibliotecario quedó plasmado en un proyecto de reorganización de la Biblioteca presentado en 1879 al ministro de Gobierno de la Provincia Santiago Alcorta, cuando Quesada ya no era el director. Su objetivo declarado era el de asegurar para siempre “esta colección de libros, formada en los albores de la revolución, la cual ha sido largo tiempo desdeñada por los gobiernos, y que está lejos, muy lejos de encontrarse á la altura del desarrollo intelectual de esta capital, pero cuya reorganización es tan urgente como necesaria” (Quesada, 1879: 43).

En esencia, su propuesta consistió en dividir la Biblioteca en cinco secciones, tomando como modelo las bibliotecas nacionales de Bruselas y de Madrid, que siguen el sistema de los catálogos franceses, “desde el de Brunet hasta los mas modernos” (Quesada, 1879: 25):

- Teología

- Ciencias Sociales (incluyendo como sub-sección a la Jurisprudencia)
- Ciencias y Artes
- Bellas Letras (o Filología)
- Historia

Consideraba que no debía “entrar en la difícil cuestion de la mejor division filosófica de los conocimientos humanos, sino adoptar los sistemas mas generalizados” (Quesada, 1879: 25), estableciendo detalladamente las secciones, sub-secciones y divisiones -aunque limitándolas en razón de la modesta colección que en ese momento ostentaba la Biblioteca-, para facilitar la ejecución metódica y uniforme del trabajo de los clasificadores.

Para designar las secciones bibliográficas propuso (porque vio que así se hacía en las bibliotecas europeas) una denominación alfanumérica donde quedaría representada su correspondencia con la sala, el estante y el anaquel donde se ubicaría cada obra: las secciones “son cinco, y se señalan por las cinco primeras mayúsculas del alfabeto; las sub-secciones se designan por las minúsculas y si esceden el número del alfabeto, las letras pueden repetirse son signos representativos, segun las necesidades: la division bibliográfica será representada por los números romanos y las subdivisiones por los arábigos; la sala se designa con la mayúscula latina, el estante con el número romano y el anaquel con el arábigo” (Quesada, 1879: 34).

El sistema tenía por objeto “facilitar la confección de los catálogos y economizar tiempo al copiar la papeletas y poner los correspondientes tejuelos en los libros” (Quesada, 1879: 27).

Las secciones serían inalterables, pero las sub-secciones podrían subdividirse más adelante según las necesidades, sin alterar los catálogos ni el plan general.

Al frente de cada sección ponía un jefe al que asignaba, en primer término, catalogar la sección a su cargo, confeccionando dos clases de catálogos: el sistemático o por materias, y el alfabético por autores; y se les repartían, de un modo que consideraba equitativo, tareas especiales: así, por ejemplo, al jefe de la primera sección (Teología) se le encargaba “llevar

además el libro de entradas ó inventario general” (donde haría constar además el origen del ingreso: compra, canje o donación) y “entregar y recibir los libros que se manden al taller de encuadernación, para pasarlos luego á las correspondientes secciones bibliográficas” (Quesada, 1879: 27).

El jefe de la 2a sección (Ciencias Sociales) además de las tareas propias, tendría a su cargo la elaboración de la estadística y el seguimiento de las publicaciones periódicas a las que la Biblioteca estaba suscripta, y la confección del catálogo de manuscritos y autógrafos. Recomendaba para esto que el índice consistiera de un resumen analítico del contenido del manuscrito.

El jefe de la sección 3a (Ciencias y Artes, la más numerosa de la colección), recibía el encargo de llevar la cuenta y razón de las publicaciones oficiales “con sujeción al decreto de 27 de abril de 1877”,

El de la sección 4a (Bellas Letras), catalogar los libros anónimos, los duplicados e inutilizados, así como confeccionar el catálogo de las estampas (colección cuya base fue la remitida por la Biblioteca Nacional de París) y el de folletos no americanos y, además, llevar el inventario de útiles y enseres de la Biblioteca.

Finalmente, el de la 5a sección (Historia) sería responsable del doble catálogo de la *Sección Americana* y de uno especial de publicaciones argentinas, que debía imprimirse; también quedaban a su cargo el de folletos americanos (numeroso fondo que incluía a la colección comprada a Juan María Gutiérrez) y los de mapas y planos (Quesada, 1879: 28-29).

En resumen, los catálogos especiales que debían formarse eran:

- de los autógrafos y la cartografía argentina
- de las cartas geográficas, planos y mapas
- de las estampas
- de la *Sección Americana*

- de las publicaciones argentinas
- de las obras anónimas, descabaladas o inútiles
- de los periódicos nacionales y extranjeros

Con respecto a la parte técnica de la catalogación proponía, como mencionamos, el doble catálogo: el alfabético y el sistemático. Así, “el título de un libro debe copiarse: 1º en el inventario ó libro de entradas; 2º en las papeletas por materias y los alfabéticos por el nombre de autores; 3º en los grandes catálogos sistemáticos ó alfabéticos, que son los catálogos permanentes: las papeletas forman el catálogo manuable ó movable” (Quesada, 1879: 32).

Acerca de las llamadas “papeletas”, antecedente de las fichas catalográficas, sugiere que fueran impresas (en cartulina, para resultar más consistentes y durables), de modo que el empleado no tenga sino que llenar la columna con la anotación correspondiente. También se dejaba en ellas un amplio espacio para consignar las diferentes observaciones a que puede dar lugar un libro: “si tiene láminas, cuántas; si planos ó mapas, si anotaciones autógrafas, etc.” (Quesada, 1879: 33). Tomaba a las papeletas como base para la formación o copia en los libros de catálogos, y establecía un sistema de sellado en ellas para comprobar que efectivamente hubiesen sido copiadas.

La tan reclamada construcción de la nueva sala de lectura iniciada en mayo de 1877 pudo concluirse, tras varias postergaciones, recién en septiembre de 1879, siendo ya su director Manuel Ricardo Trelles (Quesada había renunciado en febrero anterior). Durante esos meses, la Biblioteca permaneció cerrada al público y, hasta el nombramiento de Trelles, administrada de manera interina por los oficiales Nicolás Massa y Enrique Quesada. De este período data el volumen de cien páginas impreso en forma de catálogo sistemático alfabético, con la relación de las obras enviadas por la Biblioteca Pública a la Exposición Universal de París.

La ampliación se realizó sobre un terreno alledaño desocupado que había sido el patio del Crédito Público, sin quitar espacio a las antiguas salas y depósito, y significó una mejora

sustancial para la atención del público. Sus dimensiones no eran muy amplias, pero tenía luz vertical, cuatro pisos de estanterías con balcón corrido y escaleras angulares, armarios vidriados y cómodos muebles.

De acuerdo en lo fundamental con lo propuesto por Quesada en su proyecto, a los cuatro cuerpos en que estaba dividida la estantería del salón de lectura se le hicieron corresponder provisoriamente cuatro grandes secciones para distribuir las 8.700 obras que se ubicaron en la nueva sala:

- Jurisprudencia, administración y ciencias correlativas
- Ciencias naturales y exactas, artes y oficios
- Historia, geografía, viajes y correlativas ó contribuyentes
- Religión, filosofía, educación, literatura, etc.

Cada sección tenía su catálogo particular en orden alfabético de autores, “expresándose lo principal ó sustancial de los títulos, el lugar y el año de la edicion, el número de volúmenes y el marginal que indique su colocacion” (Memoria 1879: 588).

Hacia enero de 1880 estaba avanzada la confección de los índices de las dos principales secciones y se planeaba hacerlos imprimir apenas concluidos. Según Trelles, “esta publicacion va á llamar naturalmente la concurrencia de muchas personas entendidas que ignoran hasta el presente las riquezas de ese género que encierra nuestra Biblioteca en obras que será indispensable exhibirles en el lamentable estado en que se encuentran, si antes no es posible restaurarlas [...]” (Memoria 1879: 595).

Deseaba que, una vez finalizada la clasificación y terminados los índices de las cuatro secciones, quedaría concluido a su vez el gran catálogo-inventario de las existencias de la Biblioteca. Además, dedicó gran parte de sus esfuerzos en completar y reubicar las colecciones de periódicos –en particular los americanos y argentinos-, haciendo encuadernar numerosos volúmenes en el taller de la Biblioteca.

Su *Revista de la Biblioteca Pública*, continuación de la *Revista del Archivo General*, del que Trelles había sido antes director, se publicó en cuatro volúmenes de 1879 a 1882. En el último de ellos se incluyó a modo de anexo la memoria anual correspondiente a 1881; en ella Trelles consideraba que el plan propuesto para la clasificación y catalogación de las obras en la Biblioteca, había producido en la práctica buenos resultados (*Revista*, 1882).

La federalización de la ciudad de Buenos Aires en 1880, condujo naturalmente al traspaso al ámbito nacional de los tres establecimientos contiguos y de carácter fundacional: el Archivo, el Museo y la Biblioteca provinciales. La entrega se concretó el 9 de septiembre de 1884, bajo la dirección de José Antonio Wilde, quien fallecería poco después.

Del inventario general practicado a los fines de la transferencia jurisdiccional en 1882, surgió que la Biblioteca tenía en ese momento un total de 32.600 volúmenes impresos, de todo formato e índole (Groussac, 1867: xlvi). La divergencia entre las cifras de los inventarios y las que deberían ser por los acrecentamientos sucesivos son producto, según Groussac, de que no se incluían las entregas que luego resultaban encuadernadas en volúmenes.

III

Con el nombramiento de **Paul Groussac** en enero de 1885, y durante su gestión extendida por más de cuarenta años, comenzó para la Biblioteca una época de modernización y estabilización y de progreso material, metódico y sistemático. Aunque pueda atribuírsele cierto desdén hacia lo que llamaba en Quesada “un ligero acceso de bibliomanía”, por sus inagotables citas de Brunet, Constantin, Cousin “y demás profetas de esta teneduría trascendental” (Groussac, 1901: 56), comprendía con claridad cuáles eran el objeto y los destinatarios de una Biblioteca Pública, y por ello se abocó a elaborar “el modo de distribución más accesible al mayor número de lectores, el que, con ser el más elástico y claro, sea también el más racional.” Aseguraba que “un catálogo es por excelencia una obra de vulgarización, un instrumento de manejo inmediato y fácil” (Groussac, 1967: lix).

Entre sus ideas para la organización de la Biblioteca, estaba la de no confundir la estructura de un catálogo metódico con la clasificación filosófica de los conocimientos humanos; al contrario, sostenía que las clases de un catálogo debían ser “las más usuales y las que respondan á las analogías más naturales y evidentes” (Groussac, 1967: lviii). Esas analogías, usuales y consagradas pero parciales, se completarían con llamadas, remisiones y referencias a otros grupos relacionados, recomendando que “no sólo conviene indicar la remision (*renvoi*) á otra division interesada, sinó repetir allí mismo la descripción parcial ó total de dicha obra” (Groussac, 1967: lxv).

Por ello, las clases y divisiones que presidieron el ordenamiento de la colección fueron regidas -siguiendo el espíritu de lo iniciado por Quesada- por el criterio de generalización decreciente-, predominando en las subdivisiones el carácter utilitario: “El bibliógrafo [...] tiene que rechazar prudentemente todo espíritu sistemático y reducir las mismas innovaciones de detalle á lo estrictamente indispensable. No es su catálogo el que está encargado de instruir á los lectores, sinó sus libros; y lo más á que pueda aspirar, es el método claro y sencillo que torne supérflua su personal intervencion” (Groussac, 1967: lviii).

En su prefacio al primer tomo del *Catálogo metódico* publicado en 1893, vuelve sobre la sugerencia de la Comisión de 1833 (aquella de formar el catálogo general en base a una exacta clasificación de las ciencias), advirtiendo que, aunque fuera producto de un criterio científico ampliamente consensuado, todavía estaría muy lejos de solucionar el problema bibliográfico: “la bibliografía muy poco tiene que ver con la filosofía de las ciencias. A la clasificación lógica no le incumbe cuidar de la comodidad de los estudiosos, en tanto que la bibliografía debe tenerla por primer y casi único fin” (Groussac, 1967: lvii). Haciendo un repaso por las diferentes clasificaciones filosóficas ensayadas por Bacon, Spencer y Comte, asegura que no es su intención discutir sus principios sino demostrar su falta de aplicabilidad al objeto práctico de ordenar una colección como la de la Biblioteca.

Como vimos, en la segunda mitad del siglo XIX, la vigencia de la influencia francesa y, en particular, la del sistema de Brunet, habían sido sancionadas como paradigmáticas, aunque

su utilización –en general- se limitó a la organización de las secciones y fondos, puesto que los catálogos que hasta entonces se confeccionaban tenían una ordenación alfabética. A pesar de ello, era manifiesta la preocupación por organizarlos mediante criterios sistemáticos. Por origen y por formación, no debía esperarse otra cosa de Groussac.

De este modo, la publicación en 1893 del **Catálogo metódico de la Biblioteca Nacional**, puede ser señalada si duda como un punto de inflexión en este recorrido por la historia de la Biblioteca. Pensado en principio para ser completado en tres volúmenes, se concluyó con un séptimo recién en 1932. Los dos primeros fueron impresos en “las prensas incomparables de Coni, el Didot argentino” -como lo llama Martínez Zuviría-; los siguientes en los talleres tipográficos de la propia Biblioteca Nacional:

1893	I – Ciencias y Artes	500 p.
	incluyendo como prefacio la Historia de la Biblioteca Nacional escrito por Groussac, y seguido de una tabla alfabética de autores que se continuaría en los siguientes volúmenes.	
1900	II – Historia y Geografía	693 p.
1911	III – Literatura	932 p.
1915	IV – Derecho	776 p.
1919	V – Ciencias y Artes 2a. parte	1044 p.
1925	VI – Historia y Geografía 2a. parte	970 p.
1932	VII – Literatura 2a. parte	655 p.
	seguido de la tabla alfabética de autores y agregándose otra auxiliar de seudónimos y nombres.	

Las modificaciones practicadas por Groussac al canónico sistema de Brunet no resultaron del todo arbitrarias, ya que el mismo Brunet, en la introducción a la 5a edición de su repertorio, acepta cambios circunstanciales. Sin embargo, opinaba Groussac que el *Manual* de Brunet “está plagado de atribuciones dudosas, por no haberse empleado el método de las repeticiones” (Groussac, 1967: lxxv). Aun admitiendo que iba a proceder con alguna timidez, por no querer apartarse de los usos tradicionales, alentó el uso intensivo de las repeticiones,

siempre que se las considerara necesarias, ubicando obras que participaran de varias materias distintas en las diferentes secciones en que podrían ser buscadas por los estudiosos. Haciendo una somera comparación entre las grandes divisiones de ambas clasificaciones, hallamos la ausencia de la Teología como gran división en el Catálogo Metódico que, en la obra de Brunet está altamente desarrollada. Esta falta puede explicarse por el casi nulo desarrollo de esa sección, estacionaria por naturaleza, en los tiempos precedentes, ilustrados y positivistas. A la muerte de Groussac, sin embargo habían quedado preparados -en fichas-, el catálogo de Religión y uno sobre Ciencias Sociales (Selva, 1944: 557).

<i>Manual de Brunet</i>	Catálogo metódico
Theologie	
Jurisprudence	Derecho
Sciences et Arts	Ciencias y Artes
Belles Lettres	Literatura
Historie	Historia y Geografía

Todas las secciones de “Generalidades” tienen las mismas subsecciones: Diccionarios, Periódicos y Revistas, Enseñanza, Sociedades, Congresos e Historia.

Entre las divisiones de Literatura y Belles Lettres hay diferencias conceptuales: por ejemplo, Groussac coloca a las Biografías en Literatura, mientras que Brunet lo hace en Histoire (XII, Biographie). En cuanto al Derecho, Groussac desarrolla una clasificación más moderna, acorde con el Derecho en la Argentina.

En la división Ciencias y Artes encontramos que, habiendo grandes coincidencias en las subdivisiones, en las nomenclaturas menciona Groussac a muchas de ellas como Ciencias (Filosóficas, Matemáticas, Físicas, Naturales, Médicas), citando en última instancia un “Apéndice a las Ciencias : Ciencias ocultas, Alquimia y Magia”, dicho apéndice aparece también en Brunet (XIII Apéndice aux Sciences, p. VIII) pero mucho más desarrollado; esto puede deberse a la gran cantidad de obras de ese tipo que se podían encontrar en

Europa, a diferencia del ámbito americano, o al menos en la reducida colección de la Biblioteca Nacional.

Por otra parte, se inició bajo su dirección la redacción sistemática de las fichas que constituyeron el catálogo manual de la Biblioteca: muchas de ellas, que todavía se conservan en el sector de Referencia, están manuscritas por el propio Groussac. Las papeletas (como se las llamaba) tienen un formato vertical y su tamaño es de 9,5 cm de ancho por 12,5 cm de alto, anterior al formato apaisado universalmente aceptado de 12,5 cm de ancho por 7,5 cm de alto.

Además del catálogo de las obras enviadas a la Exposición de París y de la serie de catálogos metódicos hechos imprimir bajo la dirección de Groussac -y concluida por Martínez Zuviría en 1932-; hacia 1910 podían encontrarse en la Biblioteca otros catálogos impresos:

- 1901 *Catálogo de revistas y periódicos existentes en la Biblioteca Nacional, con exclusión de los diarios políticos.* Imprenta de la Biblioteca Nacional. 48 p.
- 1902 *Catálogo de las obras que los lectores pueden consultar en los pupitres laterales del salón de lectura.* Imprenta de la Biblioteca Nacional. 48 p.
- 1902 *Catálogo de las obras que se encuentran en mayor cantidad.* Imprenta de la Biblioteca Nacional. 32 p.
- 1904 *Catálogo de los documentos del Archivo de Indias relativos al Río de la Plata que se hallan publicados en la Colección de documentos inéditos, con referencia al catálogo formado por el Ministerio de Relaciones Exteriores.* Imprenta de la Biblioteca Nacional. 12 p.
- 1904 *Catálogo de revistas y periódicos existentes en la Biblioteca Nacional, con exclusión de los diarios políticos.* Imprenta de la Biblioteca Nacional. 80 p.

- 1905 *Catálogo por orden cronológico de los manuscritos relativos a América existentes en la Biblioteca Nacional*. Imprenta de la Biblioteca Nacional. 394 p., con una nota introductoria sin título firmada P.G. [Paul Groussac]
- 1906 *Repertorio cronológico y alfabético del Catálogo de documentos del Archivo de Indias referente al Río de la Plata: este trabajo no tiene más objeto que facilitar a los estudiosos el manejo del desordenado e incompleto Catálogo que se menciona y del que viene a ser apéndice*. Imprenta de la Biblioteca Nacional. 102 p.
- 1909 *Índice del catálogo metódico de la Biblioteca Nacional: en el que se presenta el sistema de clasificación adoptado en el establecimiento*. Taller Tipográfico de la Biblioteca Nacional. 16 p.

Este recorrido al que damos un corte no del todo caprichoso en los años del Centenario continúa de un modo más cercano al que todos conocemos. Hacia 1909-1910 se da la aparición, en principio todavía tímida, de la bibliotecología angloamericana, con “el primer curso sobre la materia dictado en el país por el ingeniero Federico Birabén, ardoroso propagandista del sistema decimal” (Buonocore, 1952: 326).

Recordemos que Manuel Selva fue uno de los primeros alumnos de aquel curso dictado en la Escuela Normal de Profesores Mariano Acosta. Incorporado a la Biblioteca Nacional en 1912 como auxiliar de novena categoría, y llegando a ser jefe de la sección Bibliografía y secretario general de la institución tras periódicos ascensos, Selva será el siguiente eslabón que va a marcar la historia técnica de la Biblioteca, a la cual introducirá las reglas de catalogación vaticanas, también inspiradas en las recomendaciones de la A.L.A., pero su estudio forma parte de otro trabajo.

Para finalizar, y en el marco del tema que nos convoca, que es la cooperación, querríamos con esta presentación invitar a reflexionar en este Encuentro acerca de nuestro rol bibliotecario y de los cambios que ha tenido nuestra práctica profesional a lo largo del tiempo.

Pensemos como transformación positiva que del lugar humanista y erudito pero solitario y en algún modo autocrático del siglo XIX, nos encontremos hoy con profesionales bibliotecarios que no pueden ni deben encarar su labor sin una apertura hacia las instituciones y pares con los que precisa colaborar para que su trabajo no sea un vano lucimiento personal si no resulta beneficioso y útil para quienes son los destinatarios naturales del esfuerzo: investigadores, estudiosos, lectores ávidos en general.

Que la integración en equipos de trabajo en los que se requiere del intercambio, la colaboración, la cooperación y la comunicación sean vectores que atraviesen todas las instancias desde de las cuales de común acuerdo participemos y nos impliquemos como protagonistas del hacer en un rol activo y creativo encaminado a un compromiso con la tarea iniciada.

Consideramos que hoy nuestro papel debe tener dos ejes: por un lado incorporar como herramientas de trabajo las nuevas tecnologías y por otro aquella antigua misión de ser facilitadores del conocimiento. Para esto es necesario mantener una actitud de permanente inquietud intelectual, sin perder de vista el carácter eminentemente humanista de nuestra profesión. En particular, en esta nuestra Biblioteca, que fue pensada como construcción colectiva y se convirtió en un reservorio patrimonial y cultural nunca exento del devenir político, social y económico del país del cual es símbolo.

Referencias Bibliográficas

Acevedo, H. (1992). Biblioteca Nacional de Argentina. En: Boletín de Anabad, tomo 42, no. 3-4. [recuperado de: <http://dialnet.unirioja.es/servlet/oaiart?codigo=224204>]

Anales de la Biblioteca: publicación de documentos relativos al Río de la Plata con introducciones y notas de P. Groussac. (1902). Tomo segundo. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos.

Barber, E. (2008). La catalogación en la Biblioteca Nacional de la República Argentina: antecedentes y tendencias. En: IV Encuentro Internacional de Catalogadores [recurso electrónico]: memorias. Bogotá : Biblioteca Luis Angel Arango ; Universidad Nacional de Colombia ; Rojas Eberhard Editores.

Biblioteca Pública de Buenos Aires [s.d.]. Memorias: 1872-1876. [s.l.: s.n.].

Biblioteca Pública de Buenos Aires (1878). Memoria de la Biblioteca Pública de la Provincia correspondiente al año 1877 presentada por sus directores interinos Doctor D. Nicolás Massa y D. Ernesto Quesada: marzo de 1878. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría.

Biblioteca Pública de Buenos Aires (1880). Memoria de la Biblioteca Pública, 1879. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría.

Buonocore, D. (1952). Elementos de bibliotecología. Santa Fe: Librería y Editorial Castellví.

Brunet, J.-Ch. (1845). Manuel du libraire et de l'amateur de livres. Bruxelles: Société Belge de Librairie.

Finó, J. F., Hourcade, L. A. (1952). Evolución de la bibliotecología en la Argentina: 1757-1952. Santa Fe: Imprenta de la Universidad.

Groussac, P. (1901). Noticia histórica sobre la Biblioteca de Buenos Aires: 1810-1901. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Coni Hermanos.

Groussac, P. (1967). Historia de la Biblioteca Nacional. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.

Massa, N., Quesada, E. (1878). Informe de los encargados de la dirección de la Biblioteca Pública de Buenos Aires D. Nicolás Massa y D. Ernesto Quesada sobre la colección de obras argentinas que se envía á la Exposición Universal de París en 1878. Buenos Aires: Imprenta de la Penitenciaría.

Memoria presentada por el Ministro Secretario en el Departamento de Gobierno D. Santiago Alcorta á la Honorable Legislatura de la Provincia: año de 1878 (1879). Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma.

Memorias de los diversos Departamentos de la Administración de la Provincia de Buenos Aires: Departamento de Gobierno, 1871 (1872). Buenos Aires: [s.n.].

Parada, A. E. (2009). Los orígenes de la Biblioteca Pública de Buenos Aires: antecedentes, prácticas, gestión y pensamiento bibliotecario durante la revolución de Mayo, 1810-1826. Buenos Aires: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Quesada, V. G. (1877). Las bibliotecas europeas y algunas de la América Latina, tomo 1. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo.

Quesada, V. G. (1879). La Biblioteca Pública de Buenos Aires: proyecto de reorganización. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma.

Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires (1882). Tomo 4.

San Segundo Manuel, R. (1996). Sistemas de organización del conocimiento: la organización del conocimiento en las bibliotecas españolas. Madrid: Universidad Carlos III de Madrid, Boletín Oficial del Estado.

Selva, M. (1944). Tratado de bibliotecnia: tomo primero. Buenos Aires: Julio Suárez.

Tesler, M. (2006). Paul Groussac en la Biblioteca Nacional. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.